

Aquella sociedad conocía también mujeres cuyo *mundus muliebri* no ocupaba todos sus momentos. En ciertas casas había círculos literarios, donde ilustres damas discutían sobre Homero y Virgilio, como se hacía en el *hotel de Ram bouillet* sobre el Cid ó sobre un madrigal. Roma tenía sus *Preciosas* y aun sus *Mujeres sabias*, y Juvenal y Marcial se rieron de estas extravagancias antes que nuestro gran cómico; pero también tenía sus mujeres encantadoras, cuyo delicado trato aguzaba el ingenio de los que las escuchaban. «Pomponio Saturnino me ha mostrado unas cartas que dice ser de su esposa. Creí leer á Plauto ó á Terencio en prosa. ¿Es Pomponio el autor? Lo felicito por ello. ¿Las ha compuesto su esposa? Lo felicito igualmente por haber enseñado tan bien á escribir á la que era una niña cuando se casó (1).»

Sulpicia, dama nobilísima que se casó con un sabio y se honró con la pureza de su vida, fué una poetisa famosa. Nos quedan algunos versos suyos, una sátira enérgica contra el edicto de Domiciano, que desterraba á los filósofos; pero se ha perdido su poema sobre el amor conyugal (2). Sólo al pronunciar el nombre de Sulpicia, Marcial adquiere gravedad; habla el mismo de una joven, desposada con su amigo Casio, que tenía la elocuencia de Platón, la austeridad del Pórtico, y componía versos dignos de una Safo casta.

Pudíeramos continuar esta enumeración y citar todavía á Pola, viuda de Lucano, cuyo inconsolable dolor representó Estacio; á Fania, cuyas virtudes admira Plinio; á la esposa de Minicio Macrino, que vivió cuarenta años con él sin que una nube oscureciera su dicha, ó mostrar á Espurina, consular cargado de años y de honores, que vivió en el campo con su anciana esposa, apoyándose cada cual en el corazón del otro para acabar juntos el mejor día. En la casa de Agrícola hemos visto el mismo espectáculo. No se ha podido hacer más que entreabrir la casa en que Perso se honraba con su viril poesía. ¡Cuántas virtudes, cuántas dulzuras no se encuentran en él y al rededor de él!

Terminemos con la semblanza que hace Plinio de su joven esposa. Para agradarle más estudiaba bellas letras, aprendía de memoria sus libros y ponía en música sus versos, que cantaba al dulce son de su lira. «No os podéis imaginar su inquietud antes de hablar yo en el foro, ni su alegría después de haber hablado. Siempre hay en el tribunal una persona de confianza encargada por ella de llevarle sin demora las noticias de los aplausos y del triunfo. Si me ocurre leer una composición en público, allí está ella detrás de una cortina escuchando, saboreando los elogios que se hacen de su esposo.» Léase también la cariñosa carta que le dirige (3) y otra en que habla de los matrimonios, que en nada se parecen á los representados por los poetas cómicos, porque las familias no tienen en aquellos más preocupación que el honor y la virtud (4).

Finalmente, según lo que puede verse por lo que él presenta de la sociedad romana, las mujeres no tuvieron al parecer en sus familias otra situación que las nuestras. «Nada te falta ya, escribe á un amigo suyo, pues tienes ahora á tu mujer y á tu hijo.»

Poseemos otra correspondencia, la de Frontón. Por el

do una matrona ingresaba en la institución de las sacerdotisas de Ceres, se separaba voluntariamente de su marido.

(1) Plinio, *Epist.* I, 15.

(2) Sidonio Apolinario (II, ep. 10) dió una lista de las poetisas de Roma. Babilá se hizo famosa con sus versos, que hizo grabar en el coloso de Memnón.

(3) *Epist.* VII, 5.

(4) *Ibid.* I, 14; VI, 26.

mal gusto de este nómida, que fué consular, y por sus preocupaciones de literatura ligera, sus cartas no suministran nada á la historia. Sin embargo, con él está uno bien hallado: es un ingenio corto asendereado por la retórica, pero un corazón noble que ama tiernamente á todos los suyos, á su vieja esposa, á sus hijos, á su hermano y á su yerno. No le exijamos más y pongámoslo en nuestra galería de hombres honorables, con aquellos nobles amigos de Adriano de que hablamos más arriba, con Gavio Máximo, «hombre de graves y austeras costumbres, romano chapado á la antigua,» que en el reinado de Antonino desempeñó durante veinte años, conservando intacto su honor, el espinoso cargo de prefecto del pretorio.

Se dirá que estos hombres estaban en exigua minoría. Es posible, porque Roma se parecía entonces á todos los países. Con todo eso, de Catón á Marco Aurelio, pasando por Trasea, se encuentra una serie de caracteres no interrumpida. El valor moral de una sociedad se determina por el grado de elevación que alcanzan sus hombres superiores y por el nivel á que llega la multitud: los primeros nos dan la capacidad moral del pueblo y nos muestran el ideal que se le ha propuesto; por los segundos conocemos las facilidades ó los impedimentos que las influencias sociales y la educación, en su acepción más lata, han puesto en el camino que conduce á este ideal.

Ahora bien, el estoicismo romano es una de las más bellas creaciones del espíritu, y los hechos expuestos en este libro prueban que la sociedad romana, aparte ciertos aspectos, valía tanto como muchas otras que se creen colocadas muy arriba en la escala moral.

Aquellos hechos, aquellos personajes pertenecen aún á las grandes familias del tiempo. Pero miremos por debajo de ellas como hemos mirado fuera de Roma. Descendamos á aquellas humildes moradas «donde no gustan los dados ni las danzas impúdicas, ni los adulterios y pasatiempos infames, que son entre los nobles la máscara de la conducta hábil, de lo que llamamos saber vivir.» Entremos en estas pobres casas, de donde salen «los hombres útiles y diestros que manejan la causa del patricio ignorante y la alentada juventud que corre á defender el imperio á orillas del Rin ó del Eufrates.» Allí vivía una clase media, que entonces, como ahora, era solicitada para el trabajo y la economía, por la medianía de su fortuna, pero que por desgracia no tiene historia. Bien se ve que ella es la que labra la tierra y fatiga el mar, la que produce y trafica, la que con su industria hace la riqueza del imperio y con su espíritu de orden la tranquilidad de las provincias. Mas para saber algo de sus sentimientos hay que reducirse á leer las inscripciones de sus sepulcros.

Pero á bien que ningún pueblo las ha dejado más numerosas: pudiera decirse que es un género de literatura particular de los romanos. Por lo común están en verso estas inscripciones y toman todos los tonos y formas, habiendo en ellas filosofía y religión, fe y escepticismo, burlas, amargos pesares y muy poca esperanza. Cada cual refiere allí su vida y expresa sus sentimientos: ahora se dirige el muerto á los transeuntes, les advierte que sólo son, como él, ceniza y polvo; ahora les recomienda su sepulcro amenazándoles con una multa si no lo respetan (5). Se suelen encontrar hasta diálogos. He aquí uno entre los parientes y los manes: «Sednos favorables,» dicen los parientes, y los manes contestan: «Dad vosotros á los que están aquí lo

(5) «El que pusiere en este sarcófago otro cuerpo pagará á la colonia de Filipos 1000 denarios y al delator 200» (Heuzey, *Misión de Macedonia*, p. 38). Hay muchos otros semejantes.

que les es debido; dad á la muerte.» A lo que la muerte interviene diciendo á su vez: «Si los muertos tienen algo, me pertenece á mí, que he perdido todo lo demás.»

Pero no queremos buscar en estas inscripciones sino ciertos detalles de costumbres. Si muchas de ellas mienten como oración fúnebre, como los lloriqueos de un heredero ó los elogios de un sucesor, algunas revelan un verdadero dolor; sobre todo, se ven, por lo que alaban, las cualidades que en aquella sociedad constituían el ideal de la mujer. «Amimone, mujer de Marco, era hermosa y buena, hilandería infatigable, piadosa, reservada, casta y económica.» — «Supo hilar y guardar la casa.»

La muerta acaso no había tenido estas virtudes; pero leyendo las inscripciones funerarias siempre que pasaban por la vía de los sepulcros, sabían las vivas lo que se esperaba de ellas y algunas arreglarían su conducta.

A esta se le da honor por no haberse casado más que una sola vez, *univira*; á la otra, por haber sido siempre compasiva (1). Primo dice de su esposa: «Me es más cara que la vida;» otro: «Jamás me causó ningún pesar, á no ser su muerte;» otro: «En letras de oro deberían escribirse sus virtudes.» Aquí comienzo yo á desconfiar del énfasis. Una viuda siente no haber precedido á su esposo en el sepulcro; y un marido jura que, después de haber vivido diez y ocho años con su mujer, sin el menor rozamiento, no llamará nunca á otra á reemplazarla en el hogar doméstico. No está averiguado si cumplió su juramento; pero ello es que lo hizo.

En Beyruth, Rufo Antoniano erige una estatua de mármol «á la más piadosa y casta de las mujeres para que sirva de ejemplo.» Prefiero estas sencillas palabras grabadas en el sepulcro de una liberta por el cónyuge superstitie en nombre de la pobre muerta: «Espero á mi marido, *Virum expecto meum.*» Y me place encontrar en Galia la inscripción. He aquí otra que ciertamente era ingenua: «¡Oh Manes santísimos! os recomiendo á mi esposo. Sed indulgentes con él para que pueda yo verlo en las horas de la noche.»

Servilio Fortunato amaba también mucho á su esposa, cuyos restos trajo desde el fondo de la Dacia, á través de tierras y mares, hasta el pie de los Aures. Bien sé lo que Plinio el Antiguo, Ovidio, Séneca y tantos otros dicen del matrimonio; pero todas estas malignidades más ó menos filosóficas, no impidieron que Cicerón tomara segunda mujer, ni que Plinio el Joven y el mismo Ovidio se casaran tres veces.

En Roma se leía en un sepulcro: «El día de la muerte de mi amada esposa, dí gracias á los hombres y á los dioses.» Esta vez se trataba de una mala mujer ó de un mal marido, ó acaso de dos malos cónyuges. Pero si se acepta este epitafio por verídico ¿por qué ha de creerse que otros no lo son?

Entonces, como en nuestros tiempos, se hacían viajes de recreo con toda la familia, y se iba de muy lejos á lugares de peregrinación ó de curiosidad. La estatua parlante de Memnón, en el fondo del Egipto, atraía muchas gentes que iban á escuchar al hijo de la Aurora, llevándole el saludo (*proskyneme*) de sus amigos ó de sus deudos. En

(1) L. Renier, *Inscrip. d'Alger* núm. 1987: *univira, omnibus subveniens*; y no es una palabra de epitafio; entre las cualidades que Séneca, padre, recomienda buscar en una mujer, quiere que sea capaz de conllevar con su marido el mal que pueda venir, pero además que sea compasiva, *misericors* (Havet, *Orig. du christ.* t. II, p. 232). En una inscripción pagana de Kutaiah, una Filomonia se califica de *amiga de los pobres* (Perrot, *Galatie*, p. 119) como el libertado de Serrano en tiempo de Augusto.

los versos que Gemelo graba en el coloso tiene buen cuidado de decir que está allí «con su cara esposa Ruffia y sus hijos.» Otro va con su hermana; Trebulla siente la ausencia de su madre; Aponio, la de su mujer; N. la de sus hermanos. En las pirámides escribe un romano: «¡Las he visto sin tí, oh el más querido de mis hermanos! En memoria tuya, he derramado lágrimas y he querido escribir aquí mi queja.»

Un poemita encontrado en un sepulcro de Cagliari recuerda la abnegación de una nueva Alceste, Atilia Pontila, que se ofreció á los dioses para rescatar los días de su esposo en peligro de muerte. No sabemos cómo se cumplió el sacrificio, pero el marido, que sobrevivió á su pesar, atestigua el milagro pidiendo con fervor á los dioses que reunan pronto su alma con la de su cara esposa.

Sería menester citar por entero el elogio fúnebre de una noble dama, cuyo marido refiere largamente sus virtudes, su dulzura, su religión ilustrada, su constante abnegación, no desmentida un instante en el espacio de cuarenta y un años. A fuerza de prudencia y de valor hubo de salvar á su esposo proscripto por los triunviros y perseguido por el odio implacable de Lépidio. Después viendo estéril su matrimonio habló de divorcio: «Tú me ofreciste ceder esta casa vacía á una esposa fecunda, prepararme tú misma una compañera cuyos hijos habrían venido á ser tuyos; tú querías dejar tus bienes á mi disposición, dispuesta á prestarme, si aceptaba, los servicios de una hermana ó de una suegra afectuosa.» He aquí una nueva forma de divorcio de que Marcial no nos habla.

Se ha dicho que los antiguos no habían conocido más que el amor brutal: es una opinión que se ha de modificar. La madre de Pertinax, no queriendo abandonar á su hijo, entonces simple prefecto de la flota, lo siguió hasta las brumas y frías costas del mar del Norte, donde murió, víctima de su amor maternal. Otra madre dejó su cálida provincia de Africa para acompañar á su hijo, soldado ú oficial de marina, al fondo de la Armórica.

Pero sería ofender á la naturaleza humana buscar pruebas de amor maternal ó paternal, que es de todos los tiempos. Prefiero hacer notar que los asilos alimentarios de Veleya suministran acaso una confirmación de las palabras de Tácito respecto á la severidad de las costumbres provinciales. De trescientos niños socorridos en ellos no se cuentan más que dos espúreos. ¿Participaban estos hijos naturales del socorro alimentario por efecto de un favor especial? Nada obliga á creerlo. Pero si no se encontraban más entre los pobres de los tres cantones ¿no debería admitirse que á lo menos en el campo las costumbres contemporáneas de Trajano valían por las nuestras (2)?

Estos sentimientos, estos hechos están, por otra parte, de completo acuerdo con las prescripciones de la ley y con los consejos de los filósofos que hacen de la esposa la igual del marido. Musonio y Plutarco, entre otros, glorifi-

(2) La relación entre los hijos naturales y los legítimos es en Francia de 8,45 por 100 ó de 7,46 relativamente al total de los nacimientos (*Statistique de la France*). El número de los espúreos en Alemania es más elevado. Al tomar posesión del consulado Dion Casio, encontró hasta tres mil acusaciones de adulterio; número que no parecerá excesivo para cien millones de hombres, si se recuerda que la ley permitía á todos ser acusadores y aun provocaba las acusaciones ofreciendo recompensas al delator. La ley francesa al contrario, sólo autoriza la querrela de las partes. Así, de los 8223 demandas de separación presentadas en Francia durante el año de 1873, no hubo más que 278 fundadas en adulterio, prefiriendo los cónyuges alegar otros motivos ante el tribunal. Vese también que el número de los matrimonios desavenidos con escándalo público es mayor entre nosotros que en el imperio, lo que se explica por la existencia del divorcio en Roma.

can el matrimonio; quieren «familias numerosas que den al Estado ciudadanos útiles, al mundo criaturas capaces de comprender la sabia armonía de sus leyes, á Dios fieles servidores de sus templos,» y la conciencia pública había aceptado estas doctrinas.

VII. — MODIFICACIÓN DE LAS COSTUMBRES.

Los capítulos de la familia y de la ciudad han demostrado ya cuánto se habían suavizado las costumbres en el seno de la gran comunidad del imperio y muchos otros hechos confirmarán esta demostración. He aquí algunos: en Fidenas se hundió el circo quedando muertos ó heridos entre sus escombros cincuenta mil espectadores. Al narrar tan triste hecho, aprovecha Tácito la ocasión para oponer el espectáculo de Roma republicana cuidando los heridos de las grandes batallas al de Roma imperial levantando los muertos y heridos del circo. Sin embargo, no puede menos de poner á nuestra vista la multitud de Roma corriendo en ayuda de las víctimas, las casas de los magnates abriéndose para recibirlos, los médicos que se envían, los socorros que se organizan, en una palabra, un movimiento de compasión general y piedad pública para aliviar los sufrimientos de aquellas pobres gentes. Nosotros nos sentimos justamente orgullosos de nuestras suscripciones nacionales para remediar las tristes consecuencias de alguna calamidad pública, y esta costumbre era habitual en el imperio. Aristides refiere que el desastre de Esmirna destruida por un terremoto pareció en toda la provincia de Asia una desgracia pública, y las ciudades se pusieron á contribución para enviar por tierra y por mar á los habitantes entre las ruinas de su patria lo que les faltaba. Otros fueron recibidos en las ciudades, cuyos moradores salían á buscarlos con carros y víveres, haciéndose cuestiones en todas partes para socorrerlos.

Después de la erupción del Vesubio el año 79, la Campania hizo otro tanto con los que habían sufrido daños en el desastre, y no fué Lyon la única ciudad provincial que en tiempo de Nerón ayudó á Roma á reedificarse. Los historiadores no recogían entonces los hechos de este género. Sin embargo, conocemos bastantes para comprender que las recomendaciones hechas á los gobernadores de provincia en favor de los pobres no eran en aquella sociedad una anomalía discordante.

Se tiene por cosa admirable que ciertas leyes bárbaras no acriminaron á la mujer en cinta que á lo largo de su camino tomara fruta de un huerto. Los jurisconsultos romanos que nos representamos de buen grado con el duro semblante de la implacable justicia, no tenían estas delicadezas. Sin embargo, para constituir el robo, querían que hubiera habido intención de robar (1). De modo que algunos canonistas de la Edad media pudieron creerse autorizados por ciertos textos jurídicos á decir que una cosa tomada por necesidad no era una cosa robada; y esta doctrina vino á ser la de la Iglesia.

El loco furioso no es todavía á sus ojos un enfermo que pueda sanar; pero no es tampoco lo que fué entre nosotros hasta 1789, un condenado del cielo. Ellos no querían que el loco ni el niño que hicieran, por ejemplo, una muerte cayeran bajo el peso de la ley. «El niño, decían, está protegido por su inocencia, y el loco por la desgracia de su destino.» En un acceso de furor Elio Prisco mató á su

madre, Marco Aurelio escribió al juez: «Está bastante castigado por su demencia.»

Según la disciplina eclesiástica el excomulgado no puede entrar en la iglesia ni su cuerpo recibir tierra bendita en cementerio católico. El emperador, que era al mismo tiempo el soberano pontífice, permitía á los proscritos que abandonaran el lugar de su destierro, allá, en las Cíclades, para ir á tomar parte en las fiestas religiosas de las grandes ciudades de la costa asiática, y dejaba que los cristianos sepultaran sus muertos donde bien les parecía (2).

Finalmente la filosofía había arruinado el principio de la esclavitud, desenvolviendo la gran verdad, ya común en el mundo romano, de que la naturaleza ha hecho iguales á los hombres y que la servidumbre legal no es más que una desdicha (3). Todos los argumentos empleados en nuestros días contra la esclavitud están en los libros de Séneca, de Epicteto y Dion Crisóstomo. En el siglo XIV los insurrectos de Inglaterra preguntaban á las pobres gentes: «Cuando cavaba Adán ó Eva hilaba, ¿dónde estaba el noble?» Mucho antes que ellos, decía Séneca, padre: «Buscad los antepasados de un noble y encontraréis gente humilde (4).» Se echan de ver los progresos realizados por la nueva doctrina viendo lo que había venido á ser el *instrumentum vocale* de Catón.

Salvo su vicio original, la esclavitud romana se parecía mucho á nuestro servicio doméstico, y muy á menudo mediaban entre el amo y el esclavo más afecto y confianza que hoy entre amo y criado. Véase sino la cariñosa amistad de Marco Tulio con su esclavo Tirón y la de Plinio con su nodriza. Los esclavos cuyo servicio los tenía cerca del amo formaban parte de la familia. «Te confesaré, dice Plinio, mi benevolencia con mis esclavos, tanto más francamente cuanto me consta la bondad con que tratas tú á los tuyos. Tengo siempre en la memoria estas palabras de Homero: Era para ellos el mejor de los padres, y el nombre que el amo tiene entre nosotros: *paterfamilias*.» Y refiere que habiendo escupido sangre su liberto Zósimo, á consecuencia de haber esforzado la voz declamando, lo envió la primera vez á restablecerse á Egipto. «Pero la tos le ha vuelto, y te he oído decir muchas veces que en tu posesión de Frioul es el aire muy sano y la leche excelente para esta clase de enfermedades. Te suplico pues que escribas á tus sirvientes que reciban en tu casa á mi liberto suministrándole todo lo necesario á cuenta mía.»

Y otra vez decía: «La enfermedad de mis esclavos y la muerte de algunos me tienen abrumado de tristeza.» Les permitía que hicieran testamento, bien que el esclavo no tuviera el derecho de testar, y cumplía religiosamente sus últimas voluntades. «Mis esclavos dejan lo que tienen á quien ellos quieren, con tal de que sea á alguno de la casa, porque la casa es la patria, la ciudad del esclavo.»

Un procónsul entra de paso en casa de Fabato, el cual se aprovecha de la presencia del magistrado para manumitir á muchos esclavos. Plinio lo felicita y se goza en ello. «*Unice lator*, porque deseo que nuestra ciudad crezca en todos conceptos y el mayor beneficio de ella es tener muchos ciudadanos.»

Para hablar así, era preciso que Fabato y todo el mundo entonces miraran la esclavitud como la fuente en que el pueblo debía fortalecerse y aumentarse sin peligro, porque los amos tenían el deber de preparar, por medio de la dis-

(2) Esta libertad que Rossi atestigua repetidas veces en su *Roma sotterranea*, ha asegurado el éxito de sus excavaciones y permitido á la Iglesia encontrar sus mártires.

(3) Séneca, *Epist.* 47.

(4) *Quemcumque revolvet nobilem, ad humilitatem perveniet.*

ciplina y la educación, á los ciudadanos nuevos «que habían de aumentar la fuerza y belleza de la ciudad.»

Muchos pensaban como Plinio; no había testamento en que no se diera libertad á algunos esclavos, hasta el extremo de que la ley tuviera que restringir el número de las emancipaciones testamentarias. Hemos visto en otro lugar el acto de última voluntad del consular Dasumio, ocupándose en asegurar la suerte de sus libertos. Sus palabras no llegan literariamente á las de Plinio, pero los sentimientos son los mismos, y análogos se encuentran en otros testamentos recién descubiertos (1). Recuérdese también el oficio habitual del liberto, que era el hombre de confianza de su patrono, el depositario de sus secretos, el ejecutor de sus designios, el agente fiel y decidido de su voluntad para el bien ó para el mal.

Una palabra más: los testimonios públicos del afecto de los esclavos para con sus amos y de los libertos son tan numerosos en las inscripciones, que se han formado con ellos considerables colecciones (2) donde no se altera la verdad con el fausto de un dolor de encargo. ¿Pudiéramos nosotros hacer otro tanto?

¿Cuál será la conclusión de este capítulo? ¿Que no tiene razón Juvenal y Plinio sí? No: el uno era un hombre honrado y sólo conocía honradas gentes, mientras el otro, un poeta, que para llamar la atención de un público fatigado de insulsas poesías, forzaba la voz de su musa y le daba un fiero aspecto. ¿Dónde está la verdad? En ambas partes. La sociedad romana se asemejaba á todas las sociedades que alcanzan un alto grado de cultura y de riqueza: tenía vicios vergonzosos y grandes virtudes, hombres de orgía y de austeridad, Mesalinas y mujeres unidas fielmente á sus maridos en vida y muerte, malrotadores y familias ordenadas que administraban bien su hacienda, amos bondadosos y amos duros, que sin las nuevas leyes hubieran tratado á sus esclavos á la antigua usanza.

Muchos escritores pasan junto á estas virtudes domésticas sin verlas siquiera: unos porque les ha parecido más agradable seguir á los novelistas y poetas adonde quiera que ellos van, aunque sean sitios prohibidos; otros porque desde luego entienden que aquella gran sociedad debe tenerse como la cloaca del universo.

Es muy natural que, habiendo tenido por herederos á

(1) Por ejemplo, el de Opimio en Filipos (Heuzey, *Misión de Macedonia*, p. 41) que instituye á su madre por heredera, y lega, después de la muerte de ésta, á sus libertos y á los descendientes de ellos varios dominios, á condición de que no salgan nunca de la familia y de que se invierta la renta en la subsistencia de los libertos y en la conservación del sepulcro. Véase también el curioso testamento encontrado en Basilea, *Annali dell' Instit. arch.*, 1864, p. 200 y siguientes, y también Estacio, *Silv.*, I, 2; Marcial, *Epigr.*, I, 102.

(2) Gruter no ha empleado menos de 72 págs. en folio para recoger los *affectus servorum et libertorum erga patronos, inter se et in suos*, y los *affectus dominorum et patronorum erga servos et libertos*. Los premios á la virtud que nosotros damos anualmente prueban que estos sentimientos existen siempre entre amos y sirvientes. Pero el que está familiarizado con la historia de la sociedad romana reconocerá que entre nosotros el amo y el sirviente, el patrono y el obrero son entre sí más extraños que lo eran en Roma.

su mortales enemigos, se haya representado aquella sociedad, durante quince siglos, con sombríos y aun negros colores, cuanto más que con las facilidades que daban al príncipe el despotismo, y á todos la esclavitud y la religión, tenían los antiguos para el desorden una indulgencia que, por fortuna, no conocemos nosotros. Lo que nosotros ocultamos dejaban ellos ver. Ya es, sino una virtud, algo de ella ocultar los propios vicios, porque hay de menos la vergüenza y el mal ejemplo. Las apariencias nos son favorables, y hasta nuestro fondo es ciertamente mejor; pero ¿debemos concebir orgullo tal que sólo tengamos desprecio para los que nos han precedido á tanta distancia en la vida?

Acabamos de ver que la perversión moral era una plaga del menor número, y por eso no debe imputársele la caída del imperio. Fuera de esto, por penosa que sea la confesión, no son las costumbres privadas, si se toma en sentido estricto la palabra, las que salvan ó pierden los Estados. Cuando el desorden no llega á embrutecer el espíritu, no tiene en la vida interior la influencia que se le supone. Aun en el alma de los libertinos, quedan siempre resortes que pueden levantarlos de su degradación. ¡Cuántos de ellos no hemos visto conducirse como héroes! ¡Cuántos afeminados no han sabido morir con valor!

Conservemos nuestro afecto y nuestros homenajes para aquellos cuya vida es irrefragable; pero cuando busquemos las causas de la decadencia ó de la grandeza de un pueblo, estudiemos sobre todo sus costumbres públicas y sus instituciones.

Todo pueblo tiene su parte de vicios (3), porque el vicio es una mala desviación de una cosa buena, la pasión contenida, que es el principio activo de la vida, y en todas partes se encuentran monstruosidades morales, hombres nacidos para los impuros desórdenes ó para el crimen, los cuales no son en verdad sino brutos en dos pies. De todo esto tuvo gran parte el imperio: lo que le faltó no fué por cierto justicia en la ley, inteligencia en los hombres, disciplina en las familias ni orden en las ciudades; fué sólo carácter; y le faltó, porque en aquella sociedad no hubo lo que constituye la dignidad del hombre, la libertad. Pero la naturaleza humana conservaba en ella sus derechos; mostrábase por los sentimientos, y hasta cierto punto por las costumbres, y en ninguna parte del universo entonces conocido se trabajaba ni pensaba más. Cuando se aplaquen los odios religiosos, que en nuestros días han crecido con los odios políticos, sería bueno que reconociéramos alguna gratitud en Roma imperial, que después de Grecia fué para el mundo la madre de toda vida culta.

(3) Véase á este propósito, la *Morale et progres*, de Bouillier (capítulo XV). «Las religiones, dice Maury, fortalecen la observancia de la ley moral, pero no la garantizan;» y presenta la Edad media y los tiempos modernos con los mismos vicios poco más ó menos que la sociedad griega, á pesar de la excelencia de la moral evangélica. De aquí concluye, como nosotros respecto de Roma, que tratando de la moral religiosa de la antigüedad, sería injusto distinguir entre los preceptos y los actos, pues no se hace con la sociedad cristiana (*Hist. des relig. de la Grèce*, t. III, p. 63).